

El Salvador: literatura y exilio

El Salvador, la más pequeña de las repúblicas centroamericanas con una superficie de 20,000 kilómetros cuadrados y con casi 6 millones de habitantes, es uno de los países más densamente poblados del continente. En los últimos tiempos, debido a la guerra civil que durante doce años (1980-1992) imperó, el nombre de este país ocupó las primeras páginas de los periódicos y acaparó la atención de los medios de comunicación de todo el planeta. La guerra caliente que se desarrolló en El Salvador empero, sólo fue el reflejo de los puntos más álgidos de la guerra fría, y con razón o sin ella, fue enmarcada en el ámbito internacional de la confrontación este-oeste. Más de 80,000 muertos ha sido el resultado del conflicto que formalmente terminó el 16 de enero de 1992, gracias a los buenos oficios de Naciones Unidas, y a la voluntad (y cansancio) de todos los contendientes.

El Salvador es también convulsionado por fenómenos de tipo geográfico, sus frecuentes sismos. Tiene un volcán —activo o en estado de reposo— por cada mil kilómetros cuadrados y los terremotos se suceden con tal regularidad desde los tiempos de la colonia que su capital, San Salvador, fue bautizada por los conquistadores como “el valle de las hamacas”, debido a sus sucesivos temblores provocados por el volcán de Quezaltepec, en cuyas faldas está asentada la capital.

Tiene uno de los carnavales más alegres de Centroamérica, el de San Miguel, así como la feria de agosto, feria en que se celebra la fiesta del Salvador del Mundo, patrono del país, cuyo nombre

indígena es Cuscatlán, en nahuatl, la lengua de los primeros pobladores pipiles, tierra de lagos y volcanes.

Una tradición de golpes de Estado y revueltas populares, las más de las veces ahogadas en sangre por la clase dominante, es también parte de la historia nacional. En realidad, un puñado de familias oligárquicas —según el informe de febrero de 1984 del Instituto de Investigaciones de la UCA, en lugar de las tradicionales 14 familias en realidad hay 114 grupos familiares “que probablemente integraban el sector oligárquico de la empresa privada” y el sociólogo salvadoreño David Mena con anterioridad había detectado “75 grupos familiares cafetaleros y 38 grupos familiares no cafetaleros”— ejercen el control político y económico del país, apoyados en la casta militar a su servicio.

La oligarquía salvadoreña, una rancia capa reaccionaria que defiende a capa y espada sus intereses, por un lado, y por el otro, una izquierda enclaustrada hasta hace poco en un conservador dogmatismo, son los polos antagónicos desde siempre en el paisaje político salvadoreño. Ello explica, en parte, la orgía de sangre que ha bañado esta nación en más de doce años de guerra civil. Tanto su clase reaccionaria como su vanguardia revolucionaria son de un sectarismo proverbial.

Una estereotipada visión eurocentrista presenta a El Salvador a los ojos del mundo como un país de lagos, volcanes, golpes de Estado, terremotos, carnavales y revoluciones. Sin embargo, hay una

cara oculta, un rostro desconocido del pequeño país centroamericano, bautizado por la poetisa chilena Gabriela Mistral como *El pulgarcito de América*: se trata de sus escritores. El Salvador es también una tierra de poetas, de cuentistas, de narradores natos. El salvadoreño medio es un cuentero, en parte, debido a que la dura situación de su existencia así se lo impone. *El guanaco* es conocido por su febril fantasía y por su *labia* para construir castillos en el aire, una imaginación que es a la vez necesidad: casi siempre está de paso, en la emigración, lejos del terruño querido, buscándose de mil formas la vida.

Son famosos y proverbiales sus ejemplos: desde el salvadoreño que en una de las calles de Calcuta, en plena India, ejerce de encantador de serpientes hasta los salvadoreños —emigrantes económicos en los años setenta— que fabricaron alcohol en Irak en pleno desierto, destilando la arena de un oasis y que fueron asesinados por hordas enfurecidas de fanáticos musulmanes. En Estados Unidos, el salvadoreño tiene fama de trabajador y su iniciativa personal lo ha convertido en un agente activo entre los *hispanics*.

El Salvador es también cuna de uno de los más “suaves” cafés del mundo. No es sólo el país de los escuadrones de la muerte que la derecha antediluviana utilizó en la guerra y que aún guarda en la reserva, sino también una tierra de poetas y narradores. Roque Dalton (1935-1975), el poeta nacional, así lo expresa en su “Poema de amor” que ha devenido en himno y señal de identidad de los salvadoreños regados por el mundo:

Los que ampliaron el canal de Panamá
(Y fueron clasificados como *silver roll*
y no como *gold roll*)

Los que repararon la flota del Pacífico
en las bases de California,
los que se pudrieron en las cárceles de
Guatemala, México,
Honduras, Nicaragua,
por ladrones, por contrabandistas,
por estafadores,

por hambrientos,
los siempre sospechosos de todo
("me permito remitirle al interfecto
por esquintero sospechoso

y con el agravante de ser salvadoreño")
los que llenaron los bares y burdeles
de todos los puertos y las capitales de zona
(*La Gruta Azul, El Calzoncito, Happyland*)
los sembradores de maíz en plena selva
extranjera,

los reyes de la página roja,
los que nunca sabe nadie de donde son,
los mejores artesanos del mundo,
los que fueron cocidos a balazos al cruzar la
frontera,

los que murieron de paludismo,
o de las picadas del escorpión o la barba
amarilla

en el infierno de las bananeras,
los que lloraron borrachos por el himno
nacional

bajo el ciclón del Pacífico o la nieve del norte,
los arrimados, los mendigos, los marihuaneros,
los guanacos hijos de la gran puta
los que apenas pudieron regresar,
los que tuvieron un poco más de suerte,
los eternos indocumentados,
los hacelotodo, lo vendelotodo, los
comelotodo,

los primeros en sacar el cuchillo,
los tristes más tristes del mundo,
mis compatriotas,
mis hermanos.

Este poema sintetiza al exilado salvadoreño desde 1932, fecha en que una insurrección campesina fue acallada a sangre y fuego con el asesinato de miles de inocentes. Desde entonces, el salvadoreño se vio obligado a buscar mejor fortuna lejos de su hogar, donde la miseria, la muerte y la represión campean. La primera oleada de emigrantes salen hacia la costa Atlántica hondureña, entre los años treinta y sesenta donde, debido a su laboriosidad, eran requeridos como mano de obra barata en las compañías de la *United Fruit Company*, la *Mamita Yunai*, que monopolizaba la producción bananera en Centroamérica y Panamá. Uno de los más brillantes intelectuales salvadoreños en la emigración, el filósofo Juan Mario Castellanos, afirma osadamente en su tesis doctoral, basándose en las investigaciones del doctor Alejandro Dagoberto Marroquín y de Rodolfo Barón Castro

que "El problema social básico de El Salvador es, sin duda alguna, la relación existente entre su población y el territorio que ocupa". Esto explicaría la "imaginación" del salvadoreño, debido a las urgentes necesidades, y su fama de pata de chucha, de emigrante.

La poetisa Claribel Alegría escribió en colaboración con Darwin J. Flakoll la novela *Cenizas de Izalco*, que resume la tragedia del año 1932, comienzo de la primera gran diáspora salvadoreña, luego de la matanza efectuada por el dictador Hernández Martínez, el Pecueche brujo. En esta obra están presentes las catástrofes naturales y sociales del país: el general Martínez había llegado al poder luego de un golpe de Estado, la insurrección campesina se inicia precisamente el día que el volcán Izalco —conocido por los viejos lobos de mar y descrito ya en la crónicas del sabio alemán Alexander von Humboldt como "El faro del Pacífico" debido a que siempre está en ebullición— entra en actividad.

Hago las anteriores acotaciones para enmarcar el tema de este trabajo dentro de un determinado contexto: el exilio y la escritura, así como la historia del país, han ido siempre paralelos.

La guerra civil que se desarrolló en El Salvador originó 80 mil muertos, decenas de miles de heridos y mutilados, más de un millón de salvadoreños emigraron y otro medio millón se convirtió en exilados internos. El grueso de la emigración partió a Estados Unidos, donde residen más de un millón de salvadoreños, principalmente Los Angeles y en otras ciudades de California (más de medio millón) y Washington (más de 100,000). Otra parte importante radica en Canadá, México, Honduras, Australia y Costa Rica.

Tan importante ha sido esta gran guinda de salvadoreños al país norteamericano, que sus remesas en dólares constituyen hoy la principal fuente de divisas del país, por encima de sus exportaciones de café o algodón. Paradójicamente, la oligarquía salvadoreña deposita esos mismos dólares que explota en el país en los bancos extranjeros. Este fenómeno migratorio cuenta con sus escritores y su temática aún no ha sido agotada. Por otro lado, el escritor salvadoreño siempre ha sido sensible a los cam-

bios sociales. El precio a pagar ha sido el exilio, la cárcel o la vida. Pareciera ser que el pequeño país centroamericano es el paradigma de la clásica república platónica, donde los poetas no tienen cabida.

Sólo en el transcurso de los doce años que duró la guerra fueron asesinados por la derecha los escritores más representativos que se quedaron en el país como Jaime Suárez Quemain (1950-1980), Rigoberto Góngora (1950-1982), Alfonso Hernández (1949-1988), Salvador Silis (1949-1989), Mauricio Vallejo (1958-1981) o murieron en circunstancias provocadas por el estado bélico como José María Cuéllar (1944-1980), César Ulises Masís (1924-1992), Nelson Brizuela (1954-1989) y muchos más. Otros escritores tomaron las armas e hicieron la guerra, o tuvieron una destacada actuación en las negociaciones de paz como es el caso del poeta David Escobar Galindo. Este trabajo, sin embargo, se ocupa de los ausentes, de los que para quedarse se fueron.

Un repaso histórico de la literatura salvadoreña contemporánea escrita en el exilio podría comenzar con la interesante carta de don Alberto Masferrer al escritor costarricense Joaquín García Monge, fechada en San Pedro Sula el 4 de febrero de 1932. Primero relata sus fallos: "Cometí la imbecilidad de meterme a eso que llaman política militante... y me volví áspero, fanático, descortés y tonto. Y gracias que no fue peor... Como todo eso descansa en la idea de que uno sabe más que los otros —los adversarios— y que sólo uno es honrado, instruido, inteligente y patriota, la soberbia se le desarrolla inmensamente; y con la soberbia, es claro, la necedad...", y luego hace una primera evaluación del trauma cuzcatleco de 1932: "En mi triste país se suceden los horrores. Se dice de tres mil muertos, campesinos casi todos, que se lanzaron a tomar los cuarteles exasperados por el hambre. Los tachan de bolscheviques, de monstruos... Y la verdad es que no hay nadie más sufrido, más ignorante, más incapaz de bolschevismo que los jornaleros salvadoreños. Yo los conozco, yo los defiendo desde hace unos dos años, porque nadie hay que los defiende. Desde hace cuarenta años se les explota, se les embrutece con el alcohol, se les extorsiona y se les miente. Y ahora,

cuando tenían más de un año de casi no comer, por falta de trabajo, se les extermina...”.

En las jornadas de abril y mayo de 1944 que derrocaron la dictadura martinista, los poetas estuvieron presentes, destacándose entre ellos P. Geoffroy Rivas, Matilde Elena López y Oswaldo Escobar Velado. Todos pasaron meses y años de destierro, cuando vino el reflujo reaccionario de las tiranías militares, en México, Ecuador o Costa Rica.

Pedro Geoffroy Rivas (1908-1979), en esa época acérrimo enemigo ideológico de Alberto Masferrer, cuyo relato sobre su encuentro con el autor del *Minimun vital* en 1932 sirvió de premisa al “Viejuemierda” de Roque Dalton, es el más representativo de esta hornada de poetas. En su exilio mexicano se convirtió en excelente lingüista y en uno de los pocos antropólogos del país. Retornó luego de una ausencia de muchos años. “Primavera”, escrito en la cárcel preventiva de México, es uno de sus testimonios más acabados:

Caminará por los barrios ricos de todas las
ciudades la primavera prostituta
ofreciendo en subasta su diminuto vientre,
halagando a los presuntos compradores de su
perfume y de sus brisas y de su aliento
cálido,
infundiendo asquerosas intenciones en los
viejos impotentes
y encendiendo la sangre de los jóvenes que aún
no tuvieron tiempo de estrenarse el sexo.

Ah, pequeña primavera desvergonzada,
niña precoz y lista,
qué bien sabes calcular tus dones y escoger
tus clientes.

Pero ya te llegará la hora de bajar hasta
los barrios de los pobres
de penetrar en las casas de vecindad
increíblemente desoladas,
de pasearte del brazo de todos los que no
logran pagarte tus favores,
de parir lindas primaveritas engendradas
por un robusto viento
que limpiará el mundo de prostíbulos e
igualará los barrios de todas las ciudades.

Entonces llegarás hasta nosotros sin temerle a

las rejas ni a los muros
y serás verdaderamente primavera; la dulce
camarada primavera...
Entonces nos veremos primavera.

La tristeza de la ausencia, así como la dialéctica del destierro, donde también hay lados buenos, son patentes en este poema: el emigrado salvadoreño no es el clásico nostálgico, sino un ser activo que halla ventajas aún en la desgracia. Julio Cortázar escribió que el exilio puede ser una beca de estudios obligada para aumentar el bagaje cultural. Escritores salvadoreños como Dalton, Armijo o Argueta, así lo han entendido, produciendo fuera del país una obra importante.

La llamada “Generación comprometida” que se inicia en 1956 al calor del Círculo Cultural Universitario agrupa a los escritores más importantes de El Salvador: Roque Dalton, Manlio Argueta (1936), Roberto Armijo (1937) y al excelente poeta que se une más tarde a este grupo Alfonso Quijada Urías (1940). Todos conocen el exilio innumerables veces, desde 1956 hasta nuestros días. Pero no sólo el destierro, sino también la cárcel, la persecución, la marginación. Basta expresar una mínima conciencia social en la obra de arte para ser declarado enemigo acérrimo por la oligarquía.

Roque Dalton es el intelectual salvadoreño exilado por excelencia. Luego de años de destierro en Cuba y Europa, de meditación patriótica, y luego de una desdichada vida personal y política, incomprendido por muchos que se dijeron sus poetas “amigos” en La Habana, regresó clandestinamente al país a finales de 1973 para sumarse a la lucha armada contra la oligarquía y su tiranía militar. Ahí, era lógico, fue asesinado por “los enanos”, como bien lo expresa Alfonso Quijada Urías en su poema-homenaje “Gulliver en el país de los enanos”. A mediados de mayo de 1975 fue ejecutado por sus mismos compañeros que no pudieron entablar una discusión ideológica, como recién ellos mismos lo han reconocido y asumido en 1993. En una de las tantas guerras internas de fracciones, fue condenado a muerte por un “jurado” compuesto por jóvenes ignorantes y dogmáticos, bajo la absurda acusación de “colaborar con el enemigo”.

El escritor salvadoreño es el exilado por exce-

ton, desterrado por sus principios políticos contra la clase dominante, pero también extranjero en sus propias filas, con sus compañeros de ideas que no toleraron al razonador, al antidogmático, "al poeta que prefiere la duda antes que el dogma".

En este sentido, es esa mala conciencia de la sociedad, eterno desterrado de todas las sectas, iglesias y cofradías. Roque escribió casi la totalidad de su obra en su largo exilio, que abarca estaciones tan diversas como México, La Habana, Praga o París. Su obra expresa una de las cimas de la poesía latinoamericana contemporánea. Su monstruosa muerte ha sido una de las constantes tragedias en la historia de la literatura y la política salvadoreñas.

Roberto Armijo, su compañero de poesía y generación, en *La historia de otra injusticia* (París, 1975) escribe: "Roque Dalton acentúa dos vertientes en su extensa producción. Una de ellas toca una zona amorosa. La otra, se explaya en su inmensa obra comprometida. La primera se proyectará a lo largo de su proceso creador. La segunda adquirirá profundidad, universalidad, y convertirá a Roque Dalton en el poeta más importante de El Salvador, después de Francisco Gavidia... Su profundo humanismo, su reacción contra una sociedad injusta, su convicción de luchar contra esta realidad para transformarla, conlleva los valores de un amor que sobrepasa el mundo subjetivo, sedimentando una concepción más racional de la vida, exigiendo coordenadas ideológicas para examinarlo, conocerlo, para después por medio de una práctica —no sólo intelectual— convertir su poesía en un instrumento que confirme su vida... Y comprobamos entonces como el toque agonista, se vuelve arrebato lírico, cólera contenida, rechazo de la sociedad, profundo sentimiento adolorido, distanciamiento crítico, giro sarcástico, tierna ironía, humor desacralizador, añoranza agitada por la queja de un niño perdido, ternura que brota de un corazón machucado por el tiempo que le tocó vivir, perseguido por los hombres perversos con quienes le tocó enfrentarse, por el país donde por azar le tocó nacer".

Dalton es la síntesis de lo que, hasta su aparición en la poesía salvadoreña, ha producido nues-

tra cultura. En él se fusionan tanto Geoffroy Rivas como Francisco Gavidia, el fundador de la literatura nacional, tanto la denuncia social como la invernala tristeza del exilio. El es además el poeta salvadoreño más conocido en el extranjero.

Escribió *El turno del ofendido* (poesía, La Habana, 1963), *Taberna y otros lugares* (poesía, La Habana, 1969), *Los pequeños infiernos* (poesía, Barcelona, 1970), *Las historias prohibidas de Pulgarcito* (poesía, México), *Miguel Mármol* (testimonio, Costa Rica, 1976), *Pobrecito poeta que era yo...* (novela, Costa Rica, 1976).

Uno de sus poemas más profundos, "Alta hora de la noche", expresa el mundo interno, mezcla de ironía y premonición en el emigrado que vive pendiente del compromiso con su pueblo:

Quando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre
porque se detendría la muerte y el reposo.



porque se detendría la muerte y el reposo.
Tu voz, que es la campana de los cinco sentidos,
sería el tenue faro buscado en mi niebla.

Cuando sepas que he muerto di sílabas extrañas.
Pronuncia flor, abeja, lágrima, pan, tormenta.

No dejes que tus labios hallen mis once letras.
Tengo sueño, he amado, he ganado el silencio.

No pronuncies mi nombre cuando sepas que
he muerto:
desde la oscura tierra vendría por tu voz.

No pronuncies mi nombre, no pronuncies
mi nombre.

Cuando sepas que he muerto no pronuncies
mi nombre.

Su otro tema es el exilio. Para Dalton, éste es risible, una mala jugada de la vida, una broma pesada de la misma oligarquía que combatió. Prefiere tomarlo con un humor negro, el sarcasmo triste del expatriado. Su poema "El gran despecho" así lo expresa:

País mío no existes
sólo eres una mala silueta mía
una mala palabra que le creí al enemigo.

Antes creía que solamente eras muy chico
que no alcanzabas a tener de una vez
norte y sur
pero ahora sé que no existes
y además parece que nadie te necesita
no se oye hablar a ninguna madre de ti.

Ello me alegra
porque prueba que me inventé un país
aunque me deba entonces a los manicomios.

Soy pues un diocesillo a tu costa.

(Quiero decir: por expatriado yo
tu eres mi ex-patria.)

La fina ironía, su característica fundamental, refleja el espíritu del salvadoreño medio. Su poema al dictador teósofo Hernández Martínez, quien creía que era un crimen más grave matar a una hormiga que a una persona, ya que una persona se reencarnaba en otras vidas, mientras que la hormiga no, así lo resume:

Dicen que fue

buen presidente
porque repartió casas baratas
a los salvadoreños
que quedaron...

Dentro de este mismo contexto cabe mencionar a Manlio Argueta, poeta y novelista salvadoreño. Desde 1972, año en que fue expulsado de El Salvador por la dictadura de turno que intervino militarmente la Universidad de El Salvador de cuya editorial era director, hasta hace poco más de dos años, permaneció exilado en Costa Rica, donde ha producido una novelística fundadora que ha devenido en lo más representativo de la literatura nacional. En sus más de veinte años de exilio ha creado una fructífera obra que —ironías del destino— la misma tiranía que lo expulsó, indirectamente estimuló.

Manlio Argueta es con justeza el más universal de los escritores salvadoreños. Su novela *Un día en la vida* (Costa Rica, 1981) ha sido traducida a más de diecisiete idiomas, alcanzando a veces, en sus respectivas ediciones idiomáticas, numerosas reediciones.

Desde 1970, cuando publica su primera novela *El valle de las hamacas* (Sudamericana, Argentina), abre una época en la narrativa centroamericana y se encarga de darle continuidad cualitativa y cuantitativa con sus siguientes novelas: *Caperucita en la zona roja* (La Habana, 1976), *Cuzcatlán, donde bate la mar del sur* (Costa Rica, 1989), y con su última novela, escrita en El Salvador luego de veinte años de ausencia, que tiene el simbólico título de *Milagro de la paz*.

Su narrativa, circunscrita y creada en un equilibrio ético, estético y vivencial, es una de las más logradas síntesis del tiempo y del espacio salvadoreños de la segunda mitad del siglo XX, un *chronotopos* que inaugura una nueva categoría de forma y contenido en la literatura nacional. En esta búsqueda, creación de una idiosincrasia y de un alma nacional, Argueta no se limita a la descripción meramente geográfica de la ciudad y del campo, sino que abarca toda una manera del *ser salvadoreño* y es la mejor expresión novelada de una conciencia social. Su obra, testimonio del siglo de las luchas, esperanzas y del sufrimiento de

más justa y democrática, ha contribuido de una manera medular a darle una proyección universal a la literatura salvadoreña.

Su novela más conocida, *Un día en la vida*, narra con diferentes técnicas que van desde el monólogo interior hasta el *flash-back*, la vida de una campesina, Guadalupe Fuentes, y de la cotidianidad de represión, violencia y muerte que se vive en el campo salvadoreño, pero también de las posibilidades de la lucha organizada.

Capercita en la zona roja, su segunda novela, recoge a través de sus personajes, los poetas, la historia de la lucha organizada, antes de que estallara la guerra. Obra que vaticina la explosión de violencia que azotó a su pequeño país, escrita con una prosa poética que da unas dimensiones originales a la trama de la narración. La mujer y su rol social ocupan lugar importante en la novela, uno de cuyos capítulos está dedicado a ella, muchas veces madre a los trece años, constituyendo, por una situación forzada debida a la paternidad irresponsable, el eje de la familia y la sociedad:

Mamá querida. Oración por todos. Mamá llena eres de gracia. Vendedora de los mercados. Mamá comprando botellas de puerta en puerta. Mamá puta. Mamá que corre por las calles con los policías detrás. Mamá, ¿cómo estás? Mamá como son las cosas cuando son del alma. Mamá buscadora de tesoros en los cajones de basura. Mamá viajando en tren con grandes canastos de frutas maduras. Mamá estupenda. Mamá con la cara pintada. Mamá cortadora de café. Que recoge flores en los caminos para irlas a poner en los floreros de hojalata. Mamá cachimbona. Mamá enfermera. Mamá virgen María madre de Dios. Nombre sagrado. Mamá encendedora de velas al niño de Atocha y san Antonio lindo. Mamá por esas calles oscuras. Vendedora de atol shuco y semita de piña. Mamá desfilando por las calles con gorritos de papel periódico para cubrirse del sol y una bolsa de frijoles fritos y tortillas por si el desfile dura muchas horas. Mamá de la Unión de Pobladores de Tugurios. Mamá descalza. Mamá lista a salir corriendo por siay balazos. Mamá vergona. Cortadora de algodón bajo el sol agrario de la costa. ¿En dónde estás? Un día

primero Dios has de quererme un poquito yo levantaré un ranchito donde vivamos los dos. Hola mamá. Mala madre. Arrurrú niño. Día tuyo, día muerto de hambre. Mamá suplicadora para que suelten a mi hijo, él no ha hecho nada, callése vieja puta. Mamá voy a regresar tarde. Mamá en la morgue. Mamá mía. Mamá buscando entre los muertos. Mamá virgen, a secas. Mamá diciendo es el cuerpo que me tiembla y no el espíritu. Mamá devuelvan el cadáver de mi hijo. Mamá hombre, abuela, abuelo, mamá, mamá. Tu madre. Buenos días mamá.

El caso del poeta salvadoreño Roberto Armijo (1937), residente desde 1970 en París, es el del salvadoreño medio que a partir de la masacre anticomunista de 1932, ha emigrado por diferentes motivos —económicos o políticos— en una búsqueda personal y colectiva por los caminos del mundo, huyendo de la represión, del hambre y de la falta de perspectivas. Excelente poeta, Armijo es además dramaturgo y novelista, pero fundamentalmente un ensayista de calibre mayor en el panorama literario latinoamericano. Con vino, mujeres, boleros, rancheras de Pedro Infante y tangos, con poesía y libros, con disciplina y metódico estudio, el poeta Armijo ha escrito una obra de respetable calidad estética en sus años parisinos. Una constante preocupación política lo ha mantenido vinculado con el destino de su entrañable país de lagos y volcanes.

Amigo personal de Daniele Miterrand, de Regis Débray y de otras personalidades de la cultura y la política universal, Roberto Armijo desempeñó un importante papel en la batalla diplomática que la insurgencia salvadoreña dio a nivel internacional, que tuvo su punto cimero en 1982, cuando los gobiernos de México y Francia reconocieron al FMLN como parte beligerante en el conflicto salvadoreño. Durante cinco años, a principios de la década pasada, Roberto Armijo fue representante oficial del FMLN en París.

Su novela *El asma de Leviatán* (UCA Editores, El Salvador, 1990) es el producto acabado donde ha puesto toda su magia de guanaco para expresar *el alma nacional* del hombre medio de dicho país en las últimas décadas. La novela pretende crear

una búsqueda, una génesis y un testimonio de la salvadoreñidad. El mismo lo ha manifestado así en una kilométrica entrevista que el autor de este trabajo le hiciera (*Taller de Letras*, El Salvador, 1989): "Esa imagen de la representación narrativa de El Salvador con su mundo, ésa es mi novela. Por ejemplo, el personaje del abuelo es simbólico, en el fondo es un personaje mítico y expresa el inconsciente colectivo salvadoreño. Y su rol en el interior de los contextos narrativos, es esencialmente para fijar o inventariar El Salvador perdido... Es el personaje que va estructurando ese país perdido en el plano que podríamos considerar de la espontaneidad del ser salvadoreño con su colorido, y también con su violencia que hay en el fondo..."

Su poesía aborda y explora la raíces familiares y expresa la añoranza por la provincia de su niñez. Estos rasgos están presentes en su poema "Homenaje a mi padre" escrito en San Salvador, pero que refleja la nostalgia del poeta por sus raíces familiares y geográficas:

Una vez más la patria me duele dentro de mí y me sufre porque así soy Tal vez sería otro más locuaz y perseverante y genial Pero confundido de mi encuentro que no soy lo que pude ser si hubiese nacido en un momento de mayor felicidad de dicha suprema cuando lloviera menos de lo que ahora llueve sobre San Salvador Mi madre no habría sido tan triste ni mi padre habría estado junto a su alcohol Yo habría dicho qué bella la montaña el río que se precipita con sus estrellas Pero fue en vano No soy lo que pude ser Soy más pequeño que una brizna más miserable que una hormiga Soy un miserable que se desdice que se doblega hasta el orgullo hasta la seriedad y dice que no hay nada que lo mida que lo abarque con holgura Yo no quisiera ser el presuntuoso el afamado de mí Si hay poeta bueno en el sentido admirable de la palabra quién lo niega Soy yo Pero la vida es así necesito la máscara el puño la palabra cruel para sobrevivir Por eso sufro Me siento el ladrón el que ha robado todo Esta camisa de nylon está llena de sangre Yo la uso impávido sin comprender sin oír sus lágrimas Cuantas tristezas desgarras afilaron sus hilos

sus quiebres Yo lo uso con parsimonia con corbata de seda y olvidado de todo salgo a la calle silbando una canción Pero habrá un día cuando me digan qué he hecho qué he aportado a la felicidad Nada tendré ni nada diré porque estaré mudo Callado como una baldosa Todo silencio Llegaron los asesinados los muertos de tristeza a repudiar a blandir sus puños sobre mis ojos y lloré porque fui cobarde porque callé y tuve miedo de morir de entregarme a la lucha como debía ser Pero alguien dirá fue honesto Todo corazón Caritativo Excelente amigo Manlio lo atestigua Alfonso Roberto Miguel Pepe todos me saben me conocen de memoria Sin embargo qué diré ese día qué responderé Seré acusado y con razón llevado a la muerte Pero sobreviviré Tornaré cantando blandiendo mis versos porque en ellos soy grande Hermoso como una gratitud Claro como el día Un sol Pero es necesario Afanarse Llenarse de chongas de colores en mi país donde el respetable académico de la lengua llena los periódicos Es verdad en mi país la vida del poeta es una mierda Lloro de cólera al darme cuenta de que Alfonso gran poeta sacude los estantes de libros Cuando el poeta será un príncipe Un Dios Por qué desde Platón se le relega Por qué lo vuelven un Prometeo Un Cristo y a veces un Judas Un Lavaplatos Ay la Edad de oro La Edad de los Poetas Todo será felicidad la alegría brotará en las flores de la patria no será una llaga pústula maligna Nos acogerá con la ternura con que acoge un padre una madre a un hijo ciego Nos cubrirá nos llenará de besos Ahora es una madrastra una ramera que se entrega que nos martiriza Entonces mi patria será mi segunda infancia Volveré a mis pizcuchas A mi luna voladora Viviré alegre como una Pascua seré una dicha Un aplauso un milagro...

Las Editions Erasme de París publicaron en 1989 sus piezas más representativas bajo el título *Teatro inédito*.

Dentro de esta temática de literatura y exilio es imprescindible referirse a Claribel Alegría, nacida en Nicaragua, en 1924, pero que pasó su infancia y adolescencia en El Salvador. A fines de los años

cuarenta partió a Europa y a otros países latinoamericanos, donde ha residido por décadas. Escribe poesía, novela, testimonio y ensayo.

Es en la narrativa donde tiene mejores logros. Desde su primera novela *Cenizas de Izalco* (El Salvador, UCA Editores, 1987), escrita en colaboración con el escritor norteamericano Darwin J. Flakoll, finalista del Premio Biblioteca Breve de Seix Barral, España, y editada en 1966, hasta sus narraciones como *Despierta mi bien despierta* (El Salvador, UCA Editores, 1986) o *Luisa en el país de la realidad*, deja patente un estilo que la consagra como una de las mejores escritoras de la literatura centroamericana.

Su poesía de corte exteriorista, la enmarca en una línea creativa junto con Mario Benedetti y Ernesto Cardenal. Sus libros de poesía representativos *Vigilias* (1935), *Aprendizajes* (1970), *Sobrevivo* (1978), *Flores del volcán* (1982) y *Variaciones en clave de mí* (1993), así lo testimonian.

Cenizas de Izalco es una novela cuya acción se desarrolla en torno al movimiento insurreccional campesino de 1932, en el occidente de El Salvador. La masacre de miles de campesinos, efectuada por el dictador teósofo Hernández Martínez, ha sido un trauma en la conciencia colectiva de los salvadoreños. Izalco, que fue uno de los pueblos insurrectos, es también el nombre del volcán que en dicho año, junto con el levantamiento, entró en erupción. Todos estos elementos histórico mitológicos, unidos a otros de carácter familiar y personal, son manejados en la trama de la novela, que es ya un clásico de las letras nacionales.

Ejemplo claro de la escritora comprometida. Lo demuestran sus obras en la rama de testimonio como *No me agarran viva* (El Salvador, UCA Editores, 1987), historia real de "Eugenia", una joven guerrillera asesinada durante los preparativos de la ofensiva general del FMLN a principios de 1981. Su novela corta *Despierta mi bien despierta* narra el romance de dos personajes que pertenecen a diferentes estratos político-sociales, un militante de izquierda y una muchacha de la alta burguesía sal-



vadoreña, lo cual le sirve de pretexto a la novelista para poner el dedo en la llaga de la complejidad de la problemática salvadoreña de los últimos decenios.

Claribel Alegría sigue produciendo una obra de calidad como lo demuestra su libro *El túnel* (Barcelona, 1992), con la que se acerca a la realidad latinoamericana de manera directa y creadora, asumiéndola y transformándola.

No podíamos obviar en este trabajo sobre literatura y exilio al poeta Alfonso Quijada Urías (1940), quien desde hace más de diez años abandonó El Salvador, en un derrotero que lo ha llevado por La Habana, México, y actualmente la ciudad canadiense de Vancouver, donde se ha radicado. Quijada Urías, es uno de los más talentosos poetas que El Salvador ha dado, al grado de que muchos críticos lo consideran el mejor poeta vivo. Roque Dalton, al referirse a él, escribió: "Quijada Urías se ha colocado a la vanguardia de los jóvenes salvadoreños, aportando una visión del mundo y del hombre desenfadadamente contemporáneo como quizás nadie antes en la poesía salvadoreña. Quijada Urías introduce en sus poemas los objetos, las visiones, los miedos y las neurosis del hombre que a finales de los años sesenta habita las ciudades de la América Central...".

Excelente cuentista, ha escrito además una novela que aún conserva inédita, "Sivela".

"La vuelta al país es entonces volver a ese lu-

“La vuelta al país es entonces volver a ese lugar que habitan nuestros sueños y que no es más que la fijación del poeta de volver, de retornar al paraíso perdido...”, escribe en el prólogo al libro póstumo *Esta es la hora del comandante Alfonso Hernández*, legendario cantor de la lucha del pueblo salvadoreño. Sus libros se han editado en Nueva York, México, Canadá. Sus poemas hablan de esa nostalgia geográfica y temporal, en el exilio exterior o interior:

Me acuerdo de las lágrimas de un día
demasiado hermoso,
me acuerdo del icaco y de las nubes color hoja
de caimito,
me acuerdo de aquella agua que bebía en el
cuenco de viejas dulces manos.
Limoneros y jiotos, que bella era mi madre
limpiándome en la frente
la picadura del mosquito,
bella como la estrella de la mañana, alta y
lánguida
adornaba su pelo de mestiza con la flor del
resedo
y un olor a ricino y a sombra de almendro en
torno de sus ojos.
Me acuerdo de las lágrimas de un día
demasiado hermoso, viejos rostros
de antaño,
y de la vieja lora muerta en el poyetón después
del terremoto,
de aquel tío delgado por el solo artificio de su
mandolina.
Mi padre montaba un mulo de ojos de caimito
y traía las botas enfangadas,
Lo acompañaban siempre angeles despeinados
o bien hombres cuyos bostezos decifraban sus
sueños en el alcohol prendido del domingo.
Me acuerdo de aquél pozo,
y de aquellas mujeres cabeceando en un sueño
oloroso a papaya.
... Dios bajaba entonces y dejaba sin llave su
vieja eternidad olorosa a diluvio.
Mis hermanos ataban sus potros en la puerta
y la casa crecía bajo frondosos palos, más altos
que el recuerdo.

En este estudio de la literatura salvadoreña en la emigración es necesario mencionar a dos crea-

dores, un novelista y un poeta, así como los círculos literarios salvadoreños que funcionan en México, Estados Unidos, Canadá y Barcelona.

El novelista Ben Castro, residente desde hace más de veinticinco años en Washington, muestra el apego a las raíces y la constancia en el oficio de escribir, a pesar del tiempo y la distancia, que puede considerarse un denominador común, una señal de identidad —salvavidas milagroso— en todos los escritores salvadoreños en el extranjero.

Poeta y dramaturgo, su obra importante es la novela *Un disparo en la catedral*, galardonada con el Premio Internacional Novedades Diana, y publicada en México en 1990. *Un disparo en la catedral* recrea la vida cotidiana en San Salvador, durante un período atormentado por el desempleo, el hambre y la violencia, que tiene su punto conflictivo con el asesinato del arzobispo Monseñor Oscar Arnulfo Romero, símbolo de la lucha del pueblo salvadoreño. Los personajes de Ben Castro, un periodista independiente, un estudiante, el mismo Monseñor Romero, una ama de casa, viven inmersos en la asfaltada jungla de cemento de San Salvador: ahí sufren, se enamoran, bailan y mueren, en medio de la sicosis colectiva y la represión gubernamental.

La novela narra los hechos históricos del golpe de Estado de finales de 1979 y la sangrienta represión gubernamental que siguió hasta culminar con el asesinato del arzobispo mártir. Se mueve en el delicado entramado de la crónica periodística o en el simple testimonio sociológico, pero las dimensiones humanas que caracterizan a sus personajes, la fluidez del lenguaje, su fuerza de expresión y un hábil manejo de los planos espaciales, le dan esa atmósfera propia de toda auténtica novela.

En El Salvador, la realidad y la imaginación corren paralelas, y el escritor es un ente activo dentro de ellas. Ben Castro con su obra, producida desde la lejana ciudad de Washington, es la mejor prueba de ello.

La revista *Américas* de la Organización de Estados Americanos, le dedicó parte importante de su número 4, en 1991, donde se comenta su obra “La encrucijada”, una forma del teatro latinoamericano de buscar un destino, en medio de la nebu-

Castro propugna por un género teatral comprometido, activo, anarquista, popular, barroco, vital, pues para el absurdo latinoamericano nada tiene sentido, pero igual hay que pelearlo, lo que ya significa haberle encontrado un sentido: la rebeldía se afirma en esta publicación.

El poeta Carlos García (1960), residente desde hace más de quince años en Barcelona, fundó y dirigió durante cierto tiempo la hoja mensual de literatura *Xibalbá* y en 1987 publicó su libro de poemas *Hasta la cólera se pudre*. Con la ironía y el sarcasmo que el exilio hace aflorar en la risa de los ausentes, sus poemas buscan la recreación de otra realidad, donde la nostalgia y el ensueño afianzan las raíces, mientras se naufraga por los mares del mundo. En resumen, es la presencia de ese mismo destino nómada a la fuerza, que la guerra y el hambre, la violencia y la miseria, originaron. Su poema "Yo no tengo casa" es elocuente al respecto:

La mitad de lo que amaba ya no está conmigo
unos (casi todos) se han quedado
otros simplemente partieron
Mi hermano urgentemente me escribe de México:
"La casa se derrumba
hay que venderla"

(...)

Por mí

que se derrumbe si quiere.

Si la mitad de lo que amaba ya no está conmigo
si los niños no se amelcochan junto a la ventana
y si a mi hermana se le quebró la sonrisa frente
al espejo

aquella terrible noche de junio
antes de la tormenta y el canto del gallo

(...)

Por mí que se derrumbe;
y que vuelvan a construir un día si quieren
pero será sobre cenizas.

Mi voz no vibrará más en sus paredes.

Tus cartas de amor Mariana
no llegarán con su olor a perfume hasta mis
manos.

Al caer la Navidad

estaré siempre lejos

y solitarias habitaciones poblarán la casa
que según cuenta mi hermano en su carta:

ya perdió sus primeros cristales.

Está bien

que se derrumbe si quiere

si es así

olvidarla será mi venganza

porque yo hace tiempo

mucho tiempo

que no tengo casa.

Revistas como *Xibalbá* han sido la forma como los escritores salvadoreños dispersos por el mundo se mantienen comunicados. Señales de humo que se lanzan al aire, como en la antigüedad precolombina.

En la ciudad de Ontario, el filólogo Alfonso Velís dirige una serie de publicaciones literarias y políticas que circulan entre los salvadoreños radicados allí. En ellas encontramos poemas de Alfonso Quijada Urías de Vancouver, de Roberto Armijo de París, de los poetas jóvenes en El Salvador, de Ernesto Mariona de Washington y de otros salvadoreños residentes en los cuatro puntos del planeta.

Las publicaciones *El Salvador-Nuevo Sol*, *Síntesis Semanal*, así como *Aquí El Salvador*, forman parte del bagaje cultural y literario del exilio cuzcatleco. En Ontario funciona el "Taller Literario Alfonso Hernández", en homenaje al poeta guerrillero, caído en una emboscada del ejército salvadoreño, en 1988.

En la ciudad de México existen círculos culturales salvadoreños desde los años ochenta. Es de subrayar la solidaridad del pueblo y gobierno mexicanos para con la insurgencia salvadoreña durante la guerra, a tal grado que los acuerdos de paz fueron suscritos en el palacio de Chapultepec, en la capital azteca, en enero de 1992.

La mayoría de los escritores salvadoreños que han residido o residen en México, lo han hecho por corto tiempo, comenzando por Roque Dalton, quien en 1961 publicó ahí su libro de poemas *La ventana en el rostro*. Luego hay una infinidad de escritores que han hecho su obra en este país. Hay en México una revista de teatro impulsada por salvadoreños, *El correo escénico* que ha editado piezas de Geovani Galeas (1961). Una cantidad con-

siderable de creadores salvadoreños reside en México. Entre ellos la poetisa y periodista Liliam Jiménez (1924), los poetas Mauricio de la Selva (1930), Ricardo Bogrand (1935) y Uriel Valencia (1941), así como el joven novelista Rafael Menjívar Ochoa.

La obra de los creadores salvadoreños en México, Norteamérica o Europa se divulga casi sólo en el extranjero, pues debido a las condiciones de guerra era lógico que no pasaran la censura gubernamental ni la autocensura de las redacciones periodísticas. Es una obra escrita por los que quieren, a pesar del tiempo, conservar las voces y las raíces del terruño, y las más de las veces es un soporte moral que ayuda a borrar la lejanía. Una obra, para decirlo con palabras de Manlio Argueta, de los que siendo salvadoreños fueron ciudadanos invisibles del mundo.

Especial apartado merecen los escritores residentes en Estados Unidos, debido al grueso de la emigración salvadoreña en este país y a sus múltiples círculos literarios. Es de hacer notar que la efervescencia literaria va acompañada de la proyección social y del trabajo político de estos mismos escritores. Generalmente, aparte de la poesía, ejercen el periodismo en los grandes diarios o participan en la política local, algunos de ellos ocupan cargos administrativos relacionados con el trabajo comunal de los *hispanics*.

Entre la gama atípica y la masa anónima de emigrantes —columna vertebral que sostiene con sus remesas en dólares la economía salvadoreña— están los escritores con sus órganos literarios, jugándose la suerte con sus miles de compatriotas “arrimados”, compartiendo el mismo destino.

En Nueva York y Washington, se han agrupado en la revista literaria *El Trompezón*. Su poesía testimonia la gran guinda, la larga marcha, sin precedentes en la historia salvadoreña, hacia el norte. Entre ellos destacan Alejandro Martí (1952), Carlos Alfaro (1959), Ernesto Mariona (1948), Ramón Molina (1965), Marcos Paz (1962) o Ben Castro. Algunos tienen profesiones liberales que no ejercen, a veces tienen que trabajar en los restaurantes o en la construcción. Transcribo el poema de Marcos Paz, resumen de la vida del salva-

doreño en Estados Unidos, “Juan en las fauces del lobo”:

Yo soy Juan
el de los trabajos difíciles
que nunca descansa
que piensa que un día le pegará al gordo
que apenas habla inglés
que se emborracha para olvidar la tristeza
que no tiene tiempo para ir a la escuela.

Yo soy Juan
el que va a los partidos de fútbol los domingos
que lo agarró la migra y tuvo la suerte
de que un familiar le pagará la fianza
y por eso trabaja doble turno
que se casó para arreglar papeles
que nunca tiene vacaciones
que lo atropelló un carro.

Yo soy ese mismo Juan
que lo asaltaron una noche de lluvia
que lo despidieron por ilegal
(...)

que se va a regresar aunque lo maten
porque allí no califica para la amnistía
y porque además ya no aguanta el frío.
Y sigo siendo Juan
el que tiene esperanzas de que todo
le va a salir bien gracias a Dios
que en fin piensa que aquí está mejor
porque hace lo que le da la gana
aunque esté comiendo mierda.

En Los Angeles, la segunda ciudad salvadoreña en población después de San Salvador, participan en numerosos círculos literarios. Los poetas jóvenes, quienes al principio se agruparon en torno al grupo cultural *Códices*, publicaron una antología con su abundante producción, *Salvatruchos, El turno de los ofendidos*. Representantes de este grupo son Francisco Rivera (1952), Manuel Luna (1962), Ricardo Ventura (1956) y Rubén Martínez (1962). Trabajan en el periodismo, en el magisterio o en lo social.

La internacionalización del creador salvadoreño en el exilio es un fenómeno cultural digno de estudiar. En un mundo que se convierte en una aldea global, éste tiene un contacto directo con los últimos sucesos de su patria. La lejanía, por otro lado, ayuda a elaborar una obra menos subjetiva.

Baste citar ejemplos universales: Dante con su *Divina Comedia*, Ovidio, Pushkin o recordar a exilados internos: Flaubert escribió en la provincia gala su *Madame Bovary*, Cervantes escribió su *Don Quijote* en la cárcel, Kafka escribió desde una taciturna oficina *El proceso*. James Joyce produjo el libro más irlandés fuera de su patria, *Ulises*. En América Latina, Miguel Angel Asturias y una serie de escritores contemporáneos como Julio Cortázar, García Márquez, Carlos Fuentes o Vargas Llosa han creado su obra desde el destierro o el autoexilio.

La mayoría de los escritores salvadoreños que vivió la guerra tuvo que optar entre las armas o quedarse marginado en un exilio interno. El aislamiento, la falta de trabajo en su campo y la escasa vida literaria reflejan un desolado paisaje. Después de la firma de la paz se abren espacios editoriales, pero el período de silencio y destierro interno aún no termina. Por ello, el espacio internacional que los escritores en la emigración han ganado a pulso limpio, podría convertirse en un engarce con un objetivo común: la calidad.

Un poeta olvidado, Armando López Muñoz (1930-1960) expresa la síntesis del creador desterrado espiritual o geográficamente. El poema suyo que cierra este trabajo aparece en la novela *Pobrecito*

poeta que era yo..., ahí se transcribe un diario que él, Mario, un auténtico maldito, llevaba. Antes, fue publicado en la antología *Poetas jóvenes de El Salvador*, de las ediciones Tigre de Sol, en 1960:

Pero me posesiono de todas las historias y de todos los ostros,
nunca se cansa el corazón de conocer todos los habitantes de la tierra;
aunque en todas partes la historia de Caín
y Abel

es tan vieja como el principio del mundo,
y en todas partes la cara del diablo o la del ángel asoma cambiante y sardónica.

Hubiera deseado tanto llegar a puerto seguro pero es como decir "llegar al paraíso".

Sin embargo estoy vivo y pisando la tierra,
los vientos del Caribe traen sueños vagos...

y el mundo parece venir a plomo de repente.

Es necesario ir a buscar nuevos vientos alisios y hacer de cuenta, a veces,

que es la brújula quien nos vuelve locos,

que todavía existe una pulgada de tierra

no descrita en ninguna de las cartas marinas

y uno termina forastero en el mundo, muerto a campo traviesa.

David Hernández